

Querido Diario:

Marcela Guijosa

El domingo que vino mi mamá a comer me contó que se murió mi tía Alta, y me trajo unos papeles para que se los tradujera. Es una carta, una estampa con la foto de mi tía, un papelito con los textos y las canciones de la misa que celebraron en el funeral y dos páginas más, que cuentan su vida. Los envió la Madre Superiora del convento dominicano, en California, donde vivió sus últimos años.

Mi tía Altagracia Espinosa, después llamada Sor Isabel, era hermana de mi abuela. Refresco mi memoria y leo que eran 14 hermanos, que quedaron huérfanos, y de los cuales cinco muchachas se fueron de monjas, allá por los años 1923 ó 24. Tres eligieron una congregación de misioneras y dos fueron dominicas, de la Orden de Predicadores.

La otra dominica era mi tía María de Jesús Espinosa, Chita, más famosa por su nombre religioso: Sor Fidelis, quien murió hace ya como cinco años.

Alta es la última que quedaba de esa familia. Se murió a los 97 años. Yo la vi muy pocas veces, pero recuerdo que era chaparrita, muy divertida, muy sonriente. Hablaba como gringa porque, aunque nació en Guanajuato, Sister Isabel casi toda su vida vivió y trabajó en San José, en Oakland, en Anaheim: California.

Me conmovió el relato de su vida que mandaron. Está escrito con mucho cariño, con mucho respeto. Se detallan su carácter bromista, sus estudios, sus diferentes trabajos como maestra de primaria y como trabajadora social en campos de migrantes mexicanos. Se habla de otra monja que era su mejor amiga, se relatan algunas anécdotas entrañables, se valora su vida...

Qué extraño se siente estar leyendo so-

bre la vida de una monja. Como que a veces uno podría pensar que no tienen vida. Que se podría resumir su existencia con palabras como encierro, como convento, como oración. Como oscuridad, como negación o como desperdicio.

Y me salgo del estereotipo y de repente me voy a mi infancia. La palabra monja me suena dulce. Pienso en las Hermanas de la Caridad que cuidaban a los pobres enfermos crónicos del hospital de Tepexpam. Santísimas y esforzadísimas mujeres. Yo las admiraba y me parecían preciosas con sus cofias blancas, almidonadas. Sus vestidos eran azul marino.

Las dominicas eran blancas con negro. Un año de primaria y los tres de secundaria yo estudié en aquella escuelita que las monjas dominicas tenían en la Colonia Escandón: el Instituto Lacordaire. Y vuelvo a recordar que, en él, fui muy feliz. En primer lugar, porque ahí estaba mi querida tía Sor Fidelis.

Mi tía Sor Fi era muy aparte: era dulce, cariñosa, muy consentidora, además de ser muy bonita. Era mi maestra de inglés y tenía una letra perfecta. Luego fue la encargada de la cocina y el tratamiento especial a su sobrina se multiplicó en forma de platitos con refrigerios sencillos y deliciosos a la hora del recreo.

Las monjas. Otro modo de ser mujer. Y cuántos modos de ser monja existían.

Había las monjas infelices, amargas, frustradas. La vieja Sor Agustina que, aunque nunca fue mi maestra, tenía fama de ogro y que aunque le pasaras de lejos te gruñía. Por mi hermana sé que la muy malvada se complacía en torturar a las niñas de ocho años como inquisidora, condenándolas con cualquier motivo, desde la misa hasta las tablas de multiplicar, y amenazándolas continuamente con el terror del infierno. O de la reprobada, que viene siendo lo mismo.

La peor que yo conocí era Sor Pancha. No era vieja: tendría cuarenta años. Era estirada, hipócrita, rígida. Nos daba alguna clase, yo creo que de *moral*. Nos decía *chiquitas*. Pero la palabra le salía con odio. También palabras favoritas suyas eran el pecado y el infierno. Pobre mujer. ¿Por qué se habrá metido de monja? Se le veía incómoda con las niñas, con las otras monjas, con su ropa y con su cuerpo, con la vida.

Pero lo bueno es que durante mis tres años de secundaria, con la Pancha negra y perseguidora rondando, existió un contrapeso. Además de varias otras monjas, digamos que ni fu ni fa, brilló frente a mí otra clase de mujer: la Madre Juana, llamada en el mundo Irene Bustamante.

Grandota, de rasgos toscos, pelo corto, blanco. Todas las demás usaban chongo. Ella no. Decían los chismes que se hacía tubos en la noche; lo creo perfectamente posible. Era muy inteligente, pero al mismo tiempo tenía una gran ingenuidad. La impresión total es que, a sus sesenta y tantos años, era feliz. Hasta la ropa era un poco diferente: un poco menos monjil, un poco más alegres los colores pastel de sus blusas, el gris claro de la falda, el pelo ondulado. O sería la cara siempre bondadosa.

Su vida era La Secundaria. Ella la fundó, la sostuvo y la cuidó con toda su alma. Ella construyó el pequeño edificio con salones nuevos, ella se desvivía por tener sus laboratorios de biología y de química perfectamente equipados. Buscaba y contrataba a los mejores maestros. Metió a nuestra escuela en las ligas deportivas que incluían a todas las secundarias del D.F., y llegamos a tener muy buen equipo de bolibol. Fundó y fomentó los talleres, tanto de música -con un coro donde cantábamos, no es por nada, como los propios ángeles- como las clases obligatorias de mecanografía, que siempre agradeceré, porque tantas veces me han permitido ganarme literaria y literalmente la vida.

Ella hizo, poco a poco, la biblioteca y nos fue educando en el ritual de sacar el libro, la tarjetita, pagar veinte centavos, devolverlo a tiempo. Ella nos puso a leer. Dirigía mis lecturas: ahora llévate éste, ahora aquél. Novelillas españolas, de las hermanas Linares; algunas de Rafael Pérez y Pérez, y las traducidas del inglés, tipo *Mujercitas* y *Jane Eyre*, y algunas de Mark Twain o de Dickens.

Nos daba la clase de lengua y literatura. Y qué manera de explicarnos la *Celestina* o las

Novelas Ejemplares. Se carcajeaba contándonos las aventuras del Licenciado Vidriera. Leíamos con ella pasajes del *Quijote*, y nunca jamás nos aburríamos. Ella se veía tan feliz, tan apasionada de las lecturas, que nos contagiaba.

Esa mujer amaba a sus niñas. Creo que lo más conmovedor era ver cómo confiaba en nosotras. Nos creía. Era *bien pensada*, no como las otras, que veían pecados por doquier. La Madre Juana no se asustaba. Alguna vez que nos cachó en una travesura, como fumar en el baño, fingía estar muy enojada. Y tú sabías que estaba fingiendo. Nos quería preparadas, seguras, estudiosas, felices. Quería abrirnos el mundo, y lo logró.

Casi al final del año escolar, un buen día, muy temprano, nos subió a las 20 de tercero al camión anaranjado de la escuela y nos llevó a la prepa 4 a hacer el examen de admisión en la Escuela Nacional Preparatoria. Y para su orgullo y su felicidad, todas pasamos, y algunas fuimos felicitadas por nuestra buenísima calificación.

Desgraciadamente, muchas se quedaron ahí. Sólo estudiamos la prepa como cuatro o cinco de las veinte. Y a la universidad no sé cuántas habrán llegado. No las he vuelto a ver. El Lacordaire era una escuela donde la mayoría eran niñas de familias pobres. Y algunas pocas clasemedieras, como yo.

La Madre Juana se fue a vivir a California, a la Casa Madre, junto con mis tías, cuando cerraron el Instituto Lacordaire. Creo que no les era rentable. Supongo que en los últimos sesentas, con tanta revolución post-conciliar, tampoco había ya muchas nuevas monjas. Por un tiempo, nos escribimos, y luego me llegó el aviso de su muerte. Creo que fue por 1980.

Se me hace que les voy a escribir a esas Dominican Sisters para que me manden una estampita con la foto y la biografía de la Madre Juana. Si no tienen muchos datos de su trabajo en México, yo puedo ayudar a que los completen.

Me encanta la idea de que se salve la memoria de esas mujeres, algunas tan heroicas, tan valientes, tan sabias. Como mis tías, Sor Isabel y Sor Fidelis. Como mi querida Madre Juana Bustamante. Esa gran mujer y gran maestra que, quién lo dijera, pensándolo bien, era tan feminista. Ahora entiendo ciertas semillas que vendrían a florecer tantos años después, asombrosamente sembradas en mi corazón por una vieja monja dominica. *Jem*